

—¡Apruebo lo que haces!—le dijo después de un largo silencio.

Valentina la abrazó, y dijo á su vez mirándola con ternura:

—¿Cuidarás de Martina cuando yo no esté aquí ya?

—Sí,—respondió Germana;—te lo prometo.

VIII

La separación

El día de los adioses había llegado al fin.

Valentina, que había concluido un corto noviciado, se hallaba en el locutorio de las Hermanas de la Caridad, hablando por la última vez con su familia, antes de partir para la casa á donde estaba destinada, y en la que debía pasar otro año de prueba ó de segundo noviciado.

Los momentos pasaban rápidos: la última hora tocaba ya á su fin, todos tenían mil cosas que decirse, y el silencio reinaba.

Germana tenía apoyada la cabeza en el

hombro de su hermana gemela, sus manos se hallaban unidas. Madama Darboys tenía en las suyas la otra mano de su hija. Angela estaba de pie delante de ellas, mitad curiosa, mitad enternecida.

—¡Te vas! ¡mañana ya no te veré!—dijo Germana con voz oprimida.

—¡Siempre estaré contigo por el pensamiento!—respondió Valentina abrazándola con efusión, —hermana mía muy amada, no me quites el valor... ¡me es necesario mucho para dejarte!

Germana calló; no hubiera podido hablar sin llorar, y temía que sus lágrimas cayesen sobre el corazón de Valentina.

—Mamá,—dijo esta,—permitidme que os recomiende á Germana, tendrá mucha necesidad de afecto porque nunca se ha separado de mí...

Los ojos de Susana se llenaron de lágrimas: hallábase más turbada y más llena de aflicción de lo que había creído; sentía que dentro de su corazón se rompía una fibra, al ver partir aquella niña, á la que una injusta preferencia contribuía quizá á arrojar del techo maternal. Mirábala con angustia, se acordaba de cuan amante y afectuosa era su alma y pensaba en que la perdía por su propia culpa. Un secreto embarazo helaba en sus labios las palabras de un cariño tardío y reflexionaba tristemente, en tanto que Valentina abrazaba á su hermana menor, y la decía:

—Adiós, Angelita mía: sé buena y ama-

ble para nuestra madre, y no atormentes á Germana... ¡ámala un poco por mí! ¿me lo prometes?

—Sí,—respondió la niña; ¿pero por qué te vas tú? ¡quédate con nosotras! ¿con quién jugaré ahora á las damas? ¡Germana no sabe!

—Hija mía,—dijo al fin en voz baja mas dama Darboys,—aún es tiempo; ¿quiere- quedarte á nuestro lado?

—No puedo, querida mamá; Dios me llama á otra parte!... ¡adiós, mamá mía! ¡perdonadme si os he ofendido, y rogad por mí!

—Mi pobre Valentina,—esclamó Susana estrechando contra su corazón aquella hija que era la imagen de su belleza,—no tengo nada que perdonarte... tú sí que has debido hallarme algunas veces fría y hasta severa... ¿te vés ofendida conmigo, hija mía?

—¡Oh, mamá!—exclamó la amable niña,—¿y podéis pensarlo? sólo me llevo el recuerdo de vuestras muchas bondades.

—¡Dios mío!—exclamó Germana abrazando convulsivamente á Valentina,—¡la hora terrible ha llegado!

En efecto, dos hermanas de la caridad ancianas, que debían conducir á Valentina á París, acababan de entrar y se habían detenido silenciosamente al lado de la puerta; esta era la señal:

—¡Adiós, mamá! ¡Hermandas mías, adiós!—dijo Valentina, que ya conocía los rudos deberes de la obediencia.—¡Germana, no nos separamos para siempre! Ya nos volveremos á ver...

Las dos gemelas se abrazaron por última vez. Y Valentina, reuniendo su firmeza, se alejó con sus compañeras, sin atreverse á volver la cabeza, de miedo á que se viesen su palidez y sus lágrimas.

Germana estaba ya sola.

La vuelta al castillo tuvo para ella algo de esa impresión desgarradora que sigue á la muerte de un ser amado.

Por todas partes buscaba á su hermana; en el cuarto que habían ocupado juntas, en las calles del jardín que tantas veces habían recorrido, apoyadas la una en la otra, en aquellos senderos que conducían á la iglesia y á casa de los pobres.

Algunas veces se creaba ella misma una ilusión consoladora, llamando:

—¡Valentina!... ¡Valentina!

Mas no podía engañar durante largo tiempo á su dolor, y cuando elevando los ojos al horizonte descubría las torres de San Gracian, y se decía que Valentina ya no vivía á su sombra, y que ya no podía ir á buscarla á aquella santa casa donde había hecho el ensayo de sus penosos deberes; cuando se repetía que Valentina estaba lejos, que ya pertenecía á la familia religiosa, á otro destino, á otros cuidados, que estaban separadas en fin, entonces su pena se despertaba más amarga que nunca, y sufría en el fondo del alma una de esas heridas que el tiempo, ese gran encantador, no puede curar jamás enteramente.

Durante algunos días, madama Darboys

pareció cambiada y trató á Germana con una dulzura afectuosa y condescendiente, que no tenía costumbre de usar con su hija mayor. Angela, sorprendida por la partida de su hermana, recobró bien pronto sus impertinencias de niña mimada, sus risitas insultantes, sus burlas y sus imperiosos caprichos.

A todas partes seguía á su madre; la acompañaba á las visitas, á sus viajes á Tours y á paseo, y Germana quedaba en una soledad que la complacia, porque dejaba libre curso á su dolor.

Sin embargo, la pobre niña tenía dos amigos verdaderos, dos amigos tiernos, como lo son los ancianos para la juventud, y que tomaban un vivo interés en su suerte.

Eran monsieur Félix Darboys y su hermana mademoiselle Honorina, tíos ambos del difunto padre de Germana.

El tío Félix, como le llamaban todos en la casa, era tutor de sus sobrinos, llevaba con valor sus sesenta y cinco años, y ni su cuerpo ni su alma vacilaban bajo su peso; amaba tiernamente á los hijos de su sobrino; de largo tiempo conocía y deploraba la preferencia que favorecía á Angela y relegaba á la sombra á sus dos hermanas.

Mas de una vez había tenido explicaciones con madama Darboys acerca de esto; pero había fracasado ante aquella dulce terquedad, ante aquella sumisa obstinación, que Susana empleaba para acoger las observaciones que no eran de su agrado.

Angela temía por instinto al viejo tío y á sus miradas escrutadoras; el anciano tenía un talento particular para poner en relieve los defectos y caprichos de la niña; y cuando había hecho resaltar así algún gran pecado, miraba á Susana moviendo la cabeza y sus ojos grises brillando bajo sus espesas cejas parecían decir:

—¿Qué os parece de vuestra favorita?

Un día, después de comer, el tío Félix envió á Angela al jardín donde ya se hallaba Germana, y se dirigió con tono serio á madama Darboys.

—Sobrina mía, —le dijo, —espero que me harás justicia, y que recordarás que no te he reconvenido ni culpado por el sistema de educación que sigues con tu hija menor, tan diferente del de sus hermanas. Has deseado tenerla á tu lado, y no me he opuesto á ello; esperaba que tú misma la hubieras instruido y educado, lo que pudieras muy bien haber hecho, pues tienes dotes sobradas para llenar tan sagrada misión. Pero me he apercebido, no importa cómo, de que Angela está en una ignorancia vergonzosa. Hace dos días me escribió un billete, esmaltado de faltas de ortografía; hoy mismo, á los postres, la he hecho algunas preguntas, y nos ha dicho un millar de disparates en historia y en geografía; francamente, mi querida Susana, esto no es tolerable en tu posición y en la época que alcanzamos. En mi tiempo podía dispensarse alguna ignorancia en la mujer; hoy es otra cosa.

—Tenéis razón, querido tío,—respondió madama Darboys con su suavidad acostumbrada.—La educación de Angela está descuidada; viuda del hombre á quien tanto amaba, quise guardarla á mi lado... ¡tenía tanta necesidad de consuelo!...

Susana se detuvo esperando una palabra de aprobación. Pero el anciano guardó un severo silencio, y ella prosiguió así.

—No he podido ocuparme de Angela de una manera tan sostenida como hubiera deseado; porque los negocios de la casa me lo han impedido; pero ya la he dado las profesoras más en boga en Tours.

—¿Por qué no has traído una á casa?

—Tío mío, esas señoritas son tan exigentes...; se necesita para ellas la paciencia angélica que tenemos el derecho de exigir para nuestras hijas.

Monsieur Félix tosió para excusarse de contestar á Susana.

—Nuestras ideas están de acuerdo,—prosiguió ésta con inalterable dulzura;—yo estoy muy preocupada por Angela, y mirad la causa: acabo de recibir este billete de miss Emma, en el que me dice que sus multiplicadas obligaciones le impiden el venir al castillo de la Richardiere, lo que me es muy sensible, porque enseña muy bien.

—No quiero informarme de los motivos verdaderos que han aconsejado esa determinación á la amable y simpática miss Emma,—observó monsieur Félix.—Sé bastante acerca de la manera impertinente con que Angela

trata á sus profesoras; así, dejemos esto y vengamos al punto capital: es preciso y lo exijo como tutor, que tu hija se eduque como quien es. No seré ambicioso en este punto para ella; no pido que, como sus hermanas, lea y comprenda á Schiller y Metastasio; con tal que sepa algo más que el héroe de una ópera cómica de mi juventud, que sabia leer, escribir y contar, es bastante y me daré por satisfecho; pero una instrucción regular es indispensable.

—Soy del mismo parecer, tío.

—Sin esto no se casaría; un marido, una suegra, son algunas veces muy exigentes.

—¿Y qué hacer? La pobre niña es poco aficionada al estudio.

—Lo creo; como que la has dejado siempre á rienda suelta.

—Tío mío, yo no quisiera traer una institutriz á la casa; es un manantial inagotable de cuidados.

—Y además, ¿cuál habría que sufriese á esa enojosa niña? Pero ¿quieres un buen consejo, Susana?

—Decid, mi querido tío.

—Pide á Germana que se ocupe de Angelita; lo hará, y lo hará con verdadero amor.

—¿Creéis que consentiría en ello?

—Vamos á verlo,—dijo el tío Félix levantándose.

Y yendo á la puerta del salón llamó á la joven, que bordaba en el terrado.

—Hija mía,—le dijo su tutor tomándole la mano,—¿no es verdad que querrás ocu-

parte un poco de la educación de tu hermanita y enseñarle lo indispensable en historia, gramática y geografía? Es un servicio grande el que nos harás á todos.

—Sí, mamá y vos lo deseáis, tío mío, consiento en ello de todo corazón,—respondió Germana.

—Yo te quedaré muy agradecida, hija mía,—dijo madama Darboys;—¿le darás también lecciones de piano?

—Con mucho gusto, mamá.

Desde aquella misma noche, la triste niña empezó la penosa tarea de educar á su rebelde hermana; no obstante, Germana halló en ello una distracción forzosa á su pena siempre viva en el fondo de su corazón.

Al aceptarla, habia previsto todas las contrariedades, todos los alfilerazos que el trato con Angela traía siempre. Pero Germana tenía un carácter tan dulce, tan suave, tan generoso y tan noble, que le daba las lecciones con el celo, la perseverancia y la bondad que empleaba en todo cuanto hacía.

Sin embargo, no podía menos de desalentarse por la mala voluntad, y la frialdad burlona de su educanda. Terca, distraída, de humor discutidor, propensa á contradecir, ligera para escaparse, fuerte para resistir, Angela ejercitaba de todas maneras la paciencia de su hermana.

Una ó dos veces creyó Germana deber quejarse á su madre; pero sus observaciones, por moderadas que las hizo, fueron acogidas de modo que no le fue posible renovarlas.

—¡Dios mío!—exclamó Susana dulcemente,—yo no te he obligado á ocuparte de tu hermana, mi querida hija. Pero ya que has tenido la bondad de consagrarle algunos instantes, ten la bondad también de usar ahora un poco de paciencia; más consigue la dulzura que la violencia, como tú sabes, hija mía.

Germana se acordó y se tuvo por advertida.

Una persona la comprendía, adivinaba y compadecía su tristeza; era la vieja señorita Honorina, hermana de monsieur Félix; viva, siempre alerta como su hermano: llevaba con alegría el peso de los años, amaba la juventud, y sobre todo, amaba á la dulce y modesta Germana. Se interesaba por su porvenir, y deseaba casarla á fin de sacarla de la casa de su madre, donde no había para ella ni simpatía, ni ternura, porque aunque era mucha la discreción con que la pobre niña velaba sus penas, la vieja señorita las adivinaba y se indignaba por ella.

—Si sigues encerrada, mi pobre Germana,—la decía,—te sucederá como á mí, no te casarás.

—¿Y qué he de hacer, mi querida tía?—respondió Germana sonriendo.

—¿Es que no deseas cambiar de estado?

—No digo eso.

—Era necesaria una ocasión favorable; era preciso buscar dónde informarse, y en vez de hacer esto, tu madre dice muy bajito al oído de sus amigas que piensa no tienes

ninguna inclinación al matrimonio, que eres melancólica, reflexiva, y que no te gusta más que la oración, el estudio y el trabajo.

—Mi querida tía, si mamá dice eso no puedo quejarme ni del pintor ni del retrato.

—Pero, niña, ¿piensas que esas cualidades son las que proporcionan maridos? ¡Sin duda, si hubiera que elegirlos entre los siete sabios de Grecia! ¿Por qué tu madre no te presenta en el mundo? ¿No es hora ya?

—Nunca he pensado en eso, tía.

—Yo sí: tu elegante madre espera para volver á los salones donde tanto ha brillado, á que Angela tenga diez y siete años y tú veintidos, y de seguro aquellos no serán tan bonitos y tan simpáticos como tus diez y seis de ahora.

—Mi buena tía, la sociedad no tiene ningún atractivo para mí.

—Y cuando llegues á treinta ó á cuarenta *sin alianza*, como dicen de los solterones de ambos sexos los viejos epitafios de la iglesia, ¿crees tú que eso será muy alegre?

—Entonces, tía, tomaré mi partido, como vos habéis tomado el vuestro.

—No es la misma cuenta, yo tengo un buen hermano del que no me he separado jamás.

—¡Ah, si Valentina no se hubiera ido, jamás hubiera pensado en casarme!

—Justamente por que ella se ha marchado es por lo que es preciso pensar en ello: hablaré de esto á tu madre.

La señorita Honorina, estimulada de ese

celo por el matrimonio que solo las solteras poseen, habló, en efecto, á madama Darboys, pero no obtuvo gran cosa; dos ó tres pretendientes se presentaron, mas ninguno fue del agrado de Germana, que los rehusó. Su madre no se preocupó más del cuidado de establecerla y condujo hacia el porvenir de Angela todo lo que había en su alma de actividad y de maternal solicitud.

Así pasaron algunos años. Angela iba á cumplir diez y ocho; su bella juventud en flor cumplía todas las promesas de su infancia; no tenía la pura belleza, la gracia virginal de Valentina, pero su linda y orgullosa cabeza encantaba los ojos: tenía una figura elegante, un lenguaje vivo y fácil, y debía á la paciencia perseverante de su hermana una instrucción regular y talentos agradables, pues tocaba el piano, cantaba con gracia y pintaba más que medianamente.

Susana se decidió á presentar á sus dos hijas en el mundo; pero fiel al programa que ella misma había redactado en su mente, se reservó la dirección de los trajes de sus hijas, dando á la rubia Germana la apariencia de una persona de edad madura, y que ha renunciado ya á los frívolos placeres de la juventud.

Para Angela eran los vestidos ligeros de tul y de gasa, las coronas de margaritas y de campanillas rosadas, los peinados vaporosos que armonizan con la primavera de la vida. Germana, vestida de seda, con un peinado sencillo, con joyas de valor, parecía

melancólica como estaba siempre; asistía á las fiestas por deferencia á su madre, y por amistad á su hermana.

Sin embargo, la hermosa y espléndida masa de sus cabellos rubios, sus grandes ojos azules, su boquita de rosa y perlas, la dulce é inteligente expresión de su semblante sentimental, expresivo y simpático, su gracioso y elegante talle, y la distinción de sus maneras, bien valian lo que la gracia petulante de Angela, cuya tez morena y negros ojos daban á su belleza un carácter enteramente opuesto.

—¡Mi hija mayor me desconsuela!—decía madama Darboys con su eterno sentimentalismo á las amigas que elogiaban á Germana;—¡va á cumplir veintitres años, y rehusa todos los partidos! mucho temo que vaya á reunirse con su pobre hermana Valentina!

Este rumor se propagó, y el silencio y el aislamiento rodearon bien pronto á Germana, sin que ésta se inquietase mucho por ello; con su innata bondad, gozaba de la belleza y de los triunfos de Angela sin que el más leve movimiento de envidia turbase su generoso corazón, porque no era en aquellos casos superficiales donde la joven había colocado el origen de sus alegrías.

Germana prefería mil veces á las visitas, á las reuniones, á los conciertos, á los bailes y á los teatros, su vida diaria en el castillo de la Richardiere, sus trabajos de aguja y de dibujo, el cuidado de la iglesia y el de los pobres, dulce legado que había recibido de

Valentina; en fin, para llenar todas las horas de su vida, tenía su correspondencia con aquella hermana tan amada á la que seguía de lejos en sus austeras y penosas obligaciones, y á la que daba una cuenta fiel de su propio corazón.

Un lado, sin embargo, quedaba oculto bajo el velo del silencio; el que correspondía á su madre y á su hermana menor. Germana no quería ni quejarse ni afligir á Valentina, lejos de ella é imposibilitada de consolarla. Además, con una deferencia filial, enseñaba á madama Darboys todas las cartas que escribía, haciendo así imposibles expansiones dulces, pero peligrosas.

Mademoiselle Honorina provocaba sin cesar las confidencias de Germana; pero el respeto y el deber habían puesto un doble sello en los labios de la joven: escuchaba las filipicas de su tía, sufría algunas veces, pero no le daba jamás la razón.

—¡Y Angela se casará antes que tú!—terminaba siempre, cual otra nueva Casandra, mademoiselle Honorina.

—Lo deseo, si esto ha de complacer á mamá,—contestaba apacible Germana.

—¡Qué sabe tu madre lo que la complace! ¡Hasta de su yerno ha de tener celos! Y Angelita que no es modelo de respeto, no tendrá grandes consideraciones á su querida mamá, desde que salga de tutela.

—¡Todo lo veis negro, querida tía!

—¿Y qué medio hay de ver color de rosa? ¡Tú verás! He oído ciertos rumores...

—¿De qué?

—No quiero decir más, lo sabrás así que haya algo de positivo.

Dos días después la anciana señorita fue al castillo á la hora que sabía hallaría sola á Germana.

—¿No te habia prometido novedades?—le dijo.

—Sí, tía mía.

—Pues aquí están: se ha presentado para tu hermana un partido excelente.

—¡Tanto mejor,—dijo Germana con alegría.—¡Mamá será muy dichosa!

—¿Conoces á madama de Emmeryn?

—Sí, tía, es una gran señora en toda la acepción de la palabra, de gran nacimiento, gran fortuna y gran mérito: conozco también á su hijo.

—Un hijo único, encantador, con brillante presente y grandes esperanzas para el porvenir; ese es el marido que se propone para la señorita Angela, que ha nacido de pie, como los gatos: ¡qué suerte! ¡qué suerte!

—¡Ah, tía mía! dejadme que os abrace por tan buena noticia, ¡qué feliz seré con la dicha de mi hermanita, de mi querida educanda! ¡porque yo la he educado!

—En verdad que eres demasiado buena,—dijo la tía con mal humor:—tú morirás soltera; ¡soy yo quien te lo dice! Por lo pronto, mañana, mi hermano y tu tío, presentarán aquí á Leopoldo de Emmeryn y á su madre, para tratar de la boda de esa muñeca de cera.

IX

La primera visita

Al volver de su visita á la Richardiere, madama de Emmeryn, se encerró en su cuarto y escribió la carta siguiente:

Tours, mayo 20 de 18...

Mi buena hermana: te prometí referirte lo que ocurriese en la entrevista que habia de tener tan grande influencia en el porvenir de mi hijo. Ya sabes que he hallado en madama Darboys una antigua compañera de pensión; ¿no te acuerdas de la linda Susana Herbin, á la que sus padres enviaban tantos cajones de frutas, de pasteles y de dulces de Tours? ¡Pues bien, Susana es hoy madama Darboys!

Su marido, hombre de honor y de mérito, murió hace algunos años y ella quedó viuda con tres hijas; la mayor, que, según dicen por aquí, es preciosa, se ha hecho Hermana de la Caridad su hermana gemela, no se ha casado todavía